

---

**PROLOGO DEL AUTOR.**

---

El objeto de esta obra es poner á la vista del público una narracion sencilla é imparcial de los sucesos mas notables que han ocurrido en las provincias del norte de España , desde el instante en que Maroto tomó el mando del ejército hasta el dia de la entrada de don Carlos en Francia.

Para evitar la confusion que pudiera presentar la historia de una época tan fértil en intrigas y maniobras de toda especie, he creido conveniente dividir esta obra en cuatro capítulos : el primero contiene una relacion de los hechos militares de Maroto ; el segundo sus actos particulares, ó la parte secreta de su historia , con un bosquejo del interior

del palacio de don Carlos; el tercero presenta una narracion fiel y detallada de la insurreccion de Vera; y el cuarto un examen del estado en que se hallaban las provincias del norte de España en el momento en que Maroto se pasó á los cristinos.

Testigo ocular de los sucesos de aquellas provincias desde el principio de la guerra civil, he recogido documentos preciosos y notas interesantes; y mi intimidad con todos los personajes influyentes en la corte, y en el ejército de don Carlos, me ha puesto en el caso de obtener ciertos datos, con cuyo auxilio puedo ofrecer al público una obra útil, y que acaso no carecerá de interés.

Antes de tomar la pluma he titubeado mucho tiempo; pues conocia que era temeridad tratar de escribir en una lengua estrangera; mas despues de haberlo reflexionado maduramente, me he persuadido de que el mérito del estilo debe ser el menos importante en una obra del género de la que publico, y he creido que bajo este punto de vista podria contar con la indulgencia de mis lectores.

Despus de los acontecimientos de que se trata, se han publicado un gran número de folletos, unos en favor, otros en contra del

general Maroto; pero en todas esas producciones el público no ha podido hallar sino las opiniones personales del autor, mas ó menos influidas por el espíritu de partido. No pretendo estar mas exento que otro de esta debilidad, y si me hubiera entregado ciegamente á mi inclinacion, creo que hubiera podido probar mucho en favor de las opiniones que yo profeso, con razones poderosas y concluyentes; pero habiéndome propuesto escribir una narracion histórica, me veo en la precision de atenerme á los hechos, tales como han ocurrido, y como puedo probarlos con documentos auténticos, y otros testimonios satisfactorios.

Me he querido concretar á referir los sucesos ocurridos desde el mes de junio de 1838; pero para que el lector pueda formar un juicio mas acertado, es necesario hacer antes algunas observaciones.

Una de las razones alegadas por Maroto para justificar su conducta, es que Espartero tenia un ejército tan considerable que le era imposible oponer una resistencia ventajosa. Yo no me hubiera detenido á refutar este aserto; pues todos los que han seguido la marcha de la guerra civil en España, saben cuán ridiculo es; pero deseo evitar que se

equivocuen los que no se hallan en aquel caso, y voy á demostrar que desde el principio de la insurreccion de las provincias, los carlistas han tenido que luchar siempre contra fuerzas superiores.

En marzo de 1834 el ejército carlista se componia de 500 vizcainos, 1500 alaveses, 1500 guipuzcoanos y 500 navarros, todos muy mal armados, algunos 50 caballos y ni una sola pieza de artilleria; veíase perseguido sin descanso por 12000 hombres de tropas de linea, infanteria y caballeria, y por una artilleria numerosa; pues á pesar de esta inmensa desproporcion, los carlistas hicieron la guerra con feliz éxito, y sus filas se fueron engrosando al paso que quitaban armas á sus enemigos.

Desde aquella época hasta 1836 los dos ejércitos fueron aumentando gradualmente, pero siempre la ventaja del número estuvo de parte de los cristinos, y la prueba de esto se encuentra en un documento oficial de 31 de mayo de aquel año, del cual resulta que el general Córdoba, tenia á sus órdenes en las provincias del norte 320 gefes, 2828 oficiales, 100822 infantes y 4685 caballos; cuando al mismo tiempo Eguía, general en gefe del ejército carlista, apenas podia disponer

de 27000 hombres entre infanteria, caballeria y artilleria. ¿Cedió acaso Eguía el terreno á Córdoba, á pretesto de que no tenia bastantes tropas para resistir? No por cierto: antes bien todos los esfuerzos hechos por Córdoba para entrar en las provincias fueron inútiles; siempre fue rechazado con pérdida, y constantemente se declaró la victoria por los carlistas (\*).

Los cristinos continuaron reforzando su ejército, primero con la legion portuguesa, y despues con la quinta de Mendizabal: los carlistas se robustecieron tambien con desertores y prisioneros que se incorporaban en los batallones.

Ademas de la ventaja del número, los cristinos tenian otras muchas, pues resulta de un documento presentado á la cámara de los comunes de Inglaterra por lord Palmerston, que el gobierno inglés ha suministrado al de Madrid desde el mes de diciembre de 1834, hasta el 6 de abril de 1838, los efectos si-

---

(\*) No debe perderse de vista que el autor de la obra pertenece á este partido, y que escribe, como es natural que lo haga con esa circunstancia; y aunque en algunas cosas pudiera muy bien refutársele, nos parece inútil hacerlo, porque tratandose de hechos tan públicos, existen suficientes documentos para probar en cualquiera tiempo la verdad.

guientes: 321600 fusiles, 10000 carabinas, 3600 pistolas, 10000 espadas, 4000 carabinas rayadas (*rifles*), 6 millones de cartuchos de fusil, 19856 cartuchos de cañon, 938531 libras de pólvora, 39359 cajas y barriles, 27 cañones de hierro, 12 morteros del mismo metal, 24 piezas de campaña, 14 de grueso calibre, 12 carros de municiones, 18472 balas de cañon y bombas, y 1000 reposteros ó cubiertas.

Un cañon de hierro de 18, 6 carronadas de 18, 30 fusiles, 40 pistolas, 40 espadas, municiones, balas de cañon, etc., etc., para la goleta *Isabela*. Dos cañones de hierro de 32, 80 fusiles, 40 pistolas, 100 espadas, 40 picas y municiones, balas, etc., para el buque de vapor *Isabel II*.

Quince mil fusiles, 1200 carabinas, 8550 pistolas, 1000 espadas, 600 carabinas rayadas (*rifles*), 5608000 cartuchos de fusil, 22023 cartuchos de cañon, 13018 libras de pólvora, 11429 cajas y barriles, 26 cañones de cobre, 2 obuses de hierro, 4730 cohetes á la congreve, 350 cohetes para señales, 18487 cohetes, 13942 balas de cañon y bombas, 90 carros para los cohetes, y muchos objetos para hospitales, etc., etc., con destino á la legion inglesa.

La cantidad de municiones suministrada por el gobierno francés durante la misma época es inmensa.

De 1836 á 1837 los carlistas ganaron terreno, se apoderaron de varios fuertes, y de casi toda la costa de Cantabria; destruyeron la legion británica, diezmaron la portuguesa, y redujeron á un esqueleto la estrangera que habia enviado el gobierno francés.

En octubre de 1837 volvió don Carlos á las provincias, despues de haberse adelantado hasta las puertas de Madrid: su ejército estaba desmoralizado y hecho víctima del hambre y de todo género de privaciones. En tal estado se encargó su mando en jefe al general Guergué, confiándose el de Navarra al general don Francisco Garcia. Espartero que contaba con fuerzas, por lo menos triples, y cuyos soldados estaban entusiasmados por la victoria, pues habian hecho correr á don Carlos y su ejército, obligándole á pasar el Ebro, no sin peligro, amenazaba todos los dias con su entrada en las provincias, y en las proclamas que dirigia á sus tropas les prometia el triunfo, y la total destruccion de los carlistas. Mas á pesar de estas amenazas y promesas, á pesar del estado de indisciplina en que se encontraban los carlistas, y de la carencia

casi completa de municiones, vestuarios y dinero, su posicion se restableció tan bien en el corto espacio de tres meses, que Espartero tuvo que estar á la defensiva; y Alaix, virey de Navarra por los cristinos, se veía reducido á una situacion tan triste á consecuencia de las maniobras militares del general Garcia, que escribió á Espartero un oficio, que fue interceptado por los carlistas, cuyo contenido era el siguiente:

« Excmo. señor. Me veo en la triste necesidad de recordar á V. E. lo que tantas veces le he escrito acerca de las privaciones y sufrimiento de las tropas de S. M. en este vireinato. Penoso me es tener que hablar de nuevo de este punto, pero los males han aumentado de una manera espantosa, y mi deber me obliga á recurrir á V. E. para que trate de remediarlos antes que sea demasiado tarde.

« V. E. no ignora que los auxilios distribuidos á las tropas en el mes de diciembre último fueron reducidos; lo que he podido proporcionarme desde entonces para pagar á las que estaa empleadas en un servicio activo, apenas ha bastado para dar una sesta parte de paga á cada individuo.

« Pero no solamente falta el dinero, sino

que en cada batallon hay un gran número de soldados que hace mucho tiempo estan sin camisas; batallones enteros no tienen mas pantalones que de lienzo á pesar del rigor de la estacion, y es positivo que muchos soldados no pueden salir del cuartel porque estan enteramente desnudos. No hay un solo hombre que tenga zapatos, ni es posible dárselos, porque los almacenes estan vacíos. Sin embargo de todas estas privaciones, los soldados cumplen con su deber, pero es muy peligroso es ponerlos á tan duras pruebas en un momento en que el enemigo adquiere cada dia nuevas fuerzas, y recorre á su arbitrio las provincias. El tenerlos así es esponerlos á que falten á la disciplina y á la obediencia, cuando necesitamos reunir todos nuestros esfuerzos para resistir al enemigo y conservar lo que todavía poseemos.

« Cuando V. E. tan justamente castigó á los principales autores de los excesos cometidos en esta ciudad el mes de agosto último, muchos de los criminales consiguieron librarse del castigo que merecian sus delitos; pues es de temer que estos, prevaliéndose de mi triste situacion, se aprovechen de ella para fomentar nuevos desórdenes, sobre todo ahora que el enemigo, contenido entonces por

las líneas militares del Arga superior é inferior, recorre el país en todas direcciones y bloquea esta plaza de tal manera, que para ir á buscar algunas raciones me veo precisado á poner en movimiento todas las tropas que tengo á mis órdenes. Algunas veces aun los convoyes tienen que sostener ataques, y mis heridos no pueden ingresar en los hospitales, porque estos establecimientos se hallan desprovistos de todo. En estos combates sin resultado alguno, se gastan muchas municiones, y el comandante de artillería ha presentado un informe en que anuncia que quedan muy pocas. Muchos fusiles se han puesto inservibles, y no tengo con qué reemplazarlos; y en una palabra, nos falta todo á la par, en un momento tan crítico. Es imposible ocultar nuestra deplorable situación, y cuando el enemigo sepa la estension de nuestra miseria se hará mas emprendedor; por consiguiente puede temerse todo en un país en que las simpatías del pueblo son contra nosotros.

«No exagero el mal, pero me veo precisado á pintársele á V. E. tal como es, á fin de que le aplique algun remedio. Tampoco me espanta su vista, pues en tanto que yo mande, ni se verá triunfar al enemigo, ni se renovarán los excesos del mes de agosto últi-

mo, pero mis trabajos y mis sacrificios no salvarán el país, y ya que yo no pueda mejorar la causa de la Reina, no quisiera tampoco verla empeorar. Para esto necesito recursos, y mientras no los obtenga no dejaré de levantar mi voz para reclamarlos. Estoy dispuesto á hacer el sacrificio de mi existencia, pero no puedo tomar sobre mí la responsabilidad de las desgracias que preveo, y que no me será posible evitar en la situación en que me encuentro.»

«Dios guarde á V. E. muchos años. Pamplona 28 de enero de 1833.»

*Isidro Alaix,*  
Virey de Navarra.

Tal era el estado floreciente y próspero en que los cuidados de los generales Guergué y García habian puesto al ejército carlista, seis meses antes que Maroto tomase el mando supremo de él. Es verdad que desde principios de 1838 hasta junio del mismo año sufrieron los carlistas dos reveses bastante importantes, á saber, la destruccion total de la expedicion que mandaba el conde de Negri (1), y la pérdida de Peñacerrada. En cuanto á la primera, sin temor de ser acusado de excesiva malignidad, se podrian sacar de ella consecuencias muy poco favorables al conde de Ne-

gri, pues mas de 1500 hombres, de las mejores tropas carlistas, se dejaron cojer prisioneros sin disparar un tiro por 120 hombres de caballería que formaban la escolta de Espartero. El conde de Negri, que los mandaba, fue casi el único que se libró de aquel desastre, y huyó á Aragon de donde vino poco despues á las provincias para desempeñar en ellas el papel de amigo y confidente de Maroto. El fue quien le sostuvo cuando ocurrieron los sucesos del mes de febrero de 1839: él el que Maroto eligió para llevar sus mensages á don Carlos, y él en fin, el que ha sido gefe de estado mayor de Maroto hasta la vispera de su paso á los cristinos.

Para contrabalancear estas pérdidas, Cabrera habia obtenido grandes ventajas en Aragon, y el conde de España en Cataluña; la Mancha estaba cubierta de partidas carlistas; la insurreccion de Galicia adquiria cada dia mayor consistencia; el tesoro estaba bien provisto, el ejército de las provincias vestido de nuevo, los víveres y municiones eran abundantes, y Merino y Balmaseda traian de Castilla cuatro batallones de infantería, y cerca de 500 caballos; de manera que puede decirse sin temor de ser desmentido, que el ejército carlista, poco despues de haber tomado

el mando Maroto, se hallaba en una situacion mas brillante que la que jamás habia tenido desde el principio de la guerra civil.

Las fuerzas que atacaron á Ramales bajo las órdenes de Espartero, no eran proporcionadas á las de Maroto, pues este tenia en su favor fuertes, parapetos, posiciones naturalmente dificiles y que el arte habia hecho inexpugnables, y desfiladeros en que todo el ejército cristino hubiera debido perecer si los carlistas hubiesen tenido á su frente á cualquier otro gefe que Maroto, mas no sucedió así, porque este habia decidido de la suerte del ejército, y él y no Espartero, fue quien venció á los carlistas.

Háse hablado mucho de una transaccion entre los carlistas y los cristinos, y todos los que, contra el interés de la causa carlista, han apoyado á Maroto, dan por motivo y disculpa de su conducta el que creian que este general trabajaba para verificar una transaccion honrosa entre los dos partidos. Esto podrá ser cierto; pero si de buena fe creyeron que el mejor medio de obligar á los cristinos á que aceptasen una transaccion favorable á los carlistas era permitirles que se apoderasen de casi todas las provincias, no podrán negar que tuvieron bien poca sagacidad polí-

tica, y sin insultarles se les puede muy bien acusar de que carecieron de sentido comun. Hallándose los carlistas dueños de las provincias del Norte, y siendo Cabrera poderoso en Aragon, Valencia y Murcia, como igualmente el conde de España en Cataluña, podian sin duda proponer y obtener una transaccion concebida en términos muy diferentes de los que pudieran ofrecérseles, poseyendo Espartero el centro de las provincias, y hallándose su ejército debilitado y corrompido por el engañoso grito de *Paz y Fueros*.

¿A quién se podrá hacer creer que hombres como el P. Cirilo, arzobispo de Cuba, el P. Gil, superior de los jesuitas, Montenegro, y otros sugetos muy conocidos por su capacidad para la intriga, se dejaron engañar por Maroto hasta el punto de creer que Espartero sin embargo de ir ganando terreno, continuaba tratando de una transaccion honrosa y ventajosa para los carlistas? Seria ciertamente juzgarlos de una manera muy poco satisfactoria para su amor propio, y de que no tendrian motivo para quedar contentos, pues á la verdad seria demasiado ridículo.

Desde el principio de la guerra, siempre que la causa carlista consiguió algunas ventajas importantes, los cristinos recurrieron á

las tentativas de transaccion. En marzo de 1834 hizo ya Quesada proposiciones de esta naturaleza al valiente Zumalacarreui, mas la respuesta de este guerrero fue digna de él: «Te perdono ese insulto, le dijo, en favor de nuestra antigua amistad, y el dia del triunfo solicitaré tu perdon de mi muy amado Rey.»

En enero de 1835, el general Alava por medio del duque de Wellington, dió pasos para que se hiciese una transaccion, cuyos términos principales eran que don Cárlos renunciaria todas sus pretensiones á la corona de España, y en virtud de esta renuncia Isabel II, reina de España, se casaria con el hijo primojénito de aquel príncipe, se publicaria una amnistia general, etc. etc. La respuesta de don Cárlos á estas proposiciones que se le hicieron, no oficial sino confidencialmente, fue: «Jamás consentiré en abdicar ni renunciar mis derechos al trono de mis antepasados: nunca abandonaré á mis valientes defensores, y confiando en la justicia de mi causa y en la divina Providencia, quiero vencer ó morir combatiendo.» (\*)

(\*) La conducta posterior de don Cárlos ha demostrado que es mas fácil ser héroe en las palabras que en las obras, pues cuando ha llegado el momento crítico, ni ha vencido, ni ha muerto combatiendo.



Desde entonces hasta el momento de la destruccion del ejército carlista, existió siempre en las provincias un partido dispuesto á entrar en una transaccion, pero estoy íntimamente persuadido que este partido fundaba casi toda su fuerza en los descontentos civiles y militares. Varios oficiales de elevada graduacion que se veían en desgracia, ó procesados por diferentes motivos, se hicieron transaccionistas, porque estaban seguros de que si don Carlos triunfaba jamás serian empleados; y otros por motivos particulares, ó intereses propios, se colocaron bajo el mismo estandarte; ninguno de todos estos procedia con sinceridad; pero habia ademas en las filas del ejército un gran número de individuos, partidarios sinceros de una transaccion honrosa, que consentian en ella por creer que don Carlos la deseaba, y suponer que la transaccion que se hiciese jamás atacaria los principios que defendian. Maroto supo sacar provecho de esta disposicion de los ánimos, preparada por él y sus agentes, y engañó á todos los partidos.

— En medio de todo, debe hacerse justicia á don Carlos, y reconocer que ha estado siempre firmemente persuadido de que su causa era justa, y que tarde ó temprano habia de

triunfar su derecho. Asi es que desde el principio de la guerra civil, trató de concentrarla entre los españoles. En 1835, pasando por un pueblo pequeño, le felicitó el ayuntamiento por haber entrado en el ministerio inglés el duque de Wellington, y don Carlos le respondió: «No admito vuestras felicitaciones por ese motivo, porque yo miraria como una gran desgracia que cualquiera de las potencias estrangeras se decidiese á intervenir con las armas, ya en mi favor ó ya en favor de Isabel. La cuestion es española, y los españoles solos deben decidirla.»

En otra ocasion, observando uno de sus oficiales que si el duque de Wellington llevase á cabo una no intervencion efectiva, carlistas y cristinos podrian proporcionarse igualmente armas en Inglaterra, respondió don Carlos: «Yo no deseo obtener armas de Inglaterra, antes desearia que esa nacion y todas las demas se abstuviesen de suministrar nada, pues la guerra reducida únicamente á los recursos que tiene cada uno de los dos partidos se terminaria mas pronto, y el triunfo resultaria infaliblemente en favor del mas fuerte.»

El gobierno de Isabel ha adoptado otro sistema de política y colocado el trono cons-

titucional bajo la proteccion de Francia é Inglaterra, (\*) el tiempo demostrará si de esa manera es mas sólido que los que únicamente se apoyan en la voluntad de los pueblos.==  
Bayona 6 de noviembre de 1839.

(\*) El autor se equivoca groseramente, ó pretende engañar á los demas, cuando supone que el gobierno de Isabel II ha puesto el trono constitucional bajo la proteccion de Francia é Inglaterra. El trono constitucional de Isabel está protegido y sostenido por todos los buenos españoles amantes de su patria, y en haber aceptado ó solicitado el gobierno los auxilios de dos naciones aliadas, no ha hecho otra cosa que la que hace un particular que en caso de necesidad se vale de los recursos de sus amigos, sin ponerse por eso *bajo su proteccion*. En cuanto al exagerado *españolismo* de don Carlos está, lo mismo que su valor, en las palabras y no en las obras, y hay en él mucho de lo que vulgarmente se llama hacer de la necesidad virtud. Segun el autor, hubiera deseado que ninguna nacion suministrase cosa alguna á uno ni otro partido, pero ese deseo no le ha impedido admitir y solicitar los innumerables auxilios que clandestinamente se le han enviado de Francia, los que mas abiertamente ha recibido de su fiel amigo el rey de Cerdeña, y las considerables cantidades de dinero que se le han remitido por banqueros de Berlin. Por lo demas es fácil creer que mientras él recibia todos estos auxilios se hubiera alegrado de que los gobiernos francés é inglés no hubiesen dado ninguno á la causa de la Reina. Naturalmente esa seria la neutralidad que desease.

## CAPITULO I.

Para comprender bien el asunto que forma el objeto principal de este libro, es necesario recordar en pocas palabras cuál era la posicion de la causa carlista en las provincias del Norte el 25 de junio de 1838, en que se dió á Maroto el mando del ejercito. En aquella época las provincias enteras pertenecian á los carlistas, y los cristinos no poseían mas que San Sebastian, Bilbao, Vitoria, Pamplona, los pueblos fortificados de la Rivera, los de las orillas del Ebro, y el camino real de Irun á Hernani en Guipúzcoa, es decir, una distancia de tres leguas; y to-